



CONFIDENCIAS

CREO y espero que mi amigo y paisano el gran tenor Florencio Constantino me perdonará el que saque á plaza pública confidencias epistolares suyas. ¿Perdonarme? Él está acostumbrado á vivir del público y para el público, y aunque esto á las veces llegue á hastiarlo—lo comprendo—el hábito es, al fin dicen, una segunda naturaleza.

Estos hombres de teatro, por otra parte, son tal vez los que más sinceramente viven, porque á nadie engañan. Lo malo son los que viven en escena ocultándolo, queriéndolo ocultar ó sin saberlo. ¡Y son tantos! . . .

«La vida, comedia es», dice el conocido pasaje. ¡Y tan comedia! Por mi parte, creo que lo único que el hombre hace en serio es nacer. Luego de nacido empieza su comedia, y el último acto de ella, el de la muerte, suele ser uno de los más teatrales, uno de los menos sinceros. Cuantos han asistido á bien morir á agonizantes saben que el hombre propende á morir teatralmente si conserva razón. Muchos de los más grandes

maestros de espíritu nos advierten de ese peligro, y el P. Faber tiene un hermoso sermón sobre ese tema. Las frases sentenciosas con que tantos hombres que han llenado un papel en la historia terminan su carrera terrestre son frases estudiadas de antemano. El gladiador, al caer herido de muerte en la arena, busca una postura gallarda.

Y tan verdad es que lo único serio, lo único no teatral que se hace en la vida, es nacer, que así como la muerte ha sido llevada muchas veces á la escena y estamos hartos de ver á los grandes actores morir de mentirijillas en las tablas, no sé que todavía se haya atrevido dramaturgo alguno á llevar el nacimiento á escena. Aunque alguien podrá suponer que esto se debe á muy otras razones que las que aquí apunto. Y acaso tenga razón. Mas, en todo caso, respetemos las opiniones ajenas.

Un actor, un cantante, un cómico, propende á hacer comedia de la vida ya que su vida es vivir de la comedia; pero á los demás, sobre todo á los que ejercemos alguna función pública, nos pasa lo mismo. Sólo que los demás lo hacen más hipócritamente.

Y ahora debo recordar al lector que ya lo sepa y enseñar al que lo ignore que la voz hipócrita significa en griego comediante ó actor. Pero si el hipócrita es un actor, no por eso el actor es un hipócrita. Todo lo contrario. Los cómicos

111, Pers. ... de Unamuno, solo que es anónimo de ...

20 = 10 71

podrán pecar de todo lo que se quiera, pero de hipócritas no suelen pecar. Es muy rara entre ellos la forma más sutil y más frecuente de la hipocresía, su forma más enmascarada é hipócrita, la forma más hipócrita de la hipocresía, en fin: la falsa modestia. Los actores no suelen pecar de falsa modestia.

Y ahora vuelvo, es decir, voy á las confidencias de mi amigo y paisano Constantino. El cual en carta que desde esa ciudad de Buenos Aires me escribía en Mayo pasado me decía, entre otras cosas más, y contestando á observaciones mías, lo siguiente:

«Pasando á otra cosa, he leído un artículo de usted en el «Heraldo», contestando á una pregunta de Parmeno á propósito de sus obras, y de lo que ellas le producían: como también de que abundan más los críticos que los compradores. Quizá sea un defecto en mí el ser franco, pero ampliando su concepto de que el buen vino se vende en la barrica, le diré que si Rostand y D'Annunzio no se bombeasen quizá no fueran ni conocidos, sobre todo este último, que es de los que se visten de máscara para llamar la atención.

»A propósito de esto he discutido al principio de mi carrera con Grandmontagne. Él me decía: «lo que hace falta es cantar bien!», y seguí sus consejos, y ¿sabe usted lo que me pasó? que me atrasé en cinco años. Ahora ya sé el «valor» que

tienen las cosas en este mundo y los méritos de la crítica y de muchas reputaciones.»

Y sigue así manifestándome luego que empieza á sentir comezón de dejar el teatro y verse lejos de todo lo que sea vanidad de vanidades para poder decir de la crítica y del público lo que le parece. A todos los que representamos un papel, en uno ú otro escenario, nos sucede á menudo que creemos sentir ganas de dejarlo, pero esto es como cuando uno siente ganas de morir yaun llama á la muerte. Y aquí de la fábula.

Pues, bueno; por lo que hace á esta confidencia de mi buen amigo el gran tenor, empezaré por decir que lo que yo dije es, no precisamente que abunden más los críticos que los compradores, sino que los críticos son más que los lectores. Y por lo que á mí respecta, no me cabe duda de ello. Seguramente que todos ó casi todos los que me lean me juzgarán, y ¡Dios le libre á uno de lectores que no le juzguen!, y muchos de ellos expresarán su juicio, pero tengo experiencia de que muchos de los que me juzgan como escritor y publicista jamás me han leído. A lo sumo han oído frases ó conceptos que se me atribuyen.

Hay muchos, muchísimos, que no leen á un autor más que para poder hablar de él, sobre todo si el autor se pone en moda. ¡Dios te libre, querido lector, de que te pongan nunca en moda!

Se va á oír á un orador famoso no para enterarse de lo que diga, sino para poder contar luego que se le oyó y se le vió. Sobre todo, que se le vió. Su traje, su gesto, sus peculiaridades más externas, tienen acaso más importancia que lo que dice.

«¡Habrás visto petulante!» — me decía un día un amigo hablándome de un afamado orador, — pues no pretende que prestemos atención á lo que dice y que lo recordemos luego? ¿No es un orador? Pues si es un orador ¿á qué vienen esas pretensiones?»

No quise preguntarle qué entiende por un orador; pero, es claro, dado lo que de ordinario se entiende por un orador, es ciertamente insoportable petulancia la de que el tal pretenda que se fije nadie en lo que va á decir.

Y por lo que hace á eso de que el buen vino en la barrica se vende, ó el buen paño en el arca, sólo diré una vez más — pues, como casi todas mis cosas, la he dicho ya antes — que acaso sea eso verdad, pero es contando con el tiempo, y entretanto el vinatero ó el pañero se mueren de hambre. Y si el sacerdote vive del altar, según el apóstol, nada tiene de indecoroso que el artista viva de su arte.

Hay un librito de Stapfer, profesor que fué en Burdeos, titulado «Des réputations littéraires», que es uno de los libros más llenos de íntimas confidencias, y, por lo tanto, de amargas y tristes

verdades, que conozco. Y no son confidencias propias de él, de Stapfer; lo son de muchos otros.

¿Por qué al escritor, al artista, al actor, no ha de serle permitido, sin censura pública, lo que se encuentra naturalísimo en un industrial cualquiera? Pues sencillamente porque los escritores y los artistas se han empeñado en hacer de su función algo más sublime, más puro y, por decirlo así, más divino que la industria. ¡Y esto sí que es petulancia!

Y no es que yo quiera «rebajar» la poesía, la pintura, la música al nivel de la fontanería, de la carpintería ó de la farmacia, no; es que quiero elevar éstas al nivel de aquéllas. Es que creo que la industria es también arte, y bella arte. Se ha dicho que todo notario lleva en sí un poeta. Y acaso la verdad es que la notaría es poesía también, y si no lo comprendemos así es por nuestra torpeza. Pienso escribir de largo sobre la poesía de la burocracia. Pero ¡pienso también tantas cosas!

Hay pañeros ricos que esperan años y años á que se vaya á comprar su paño en el arca, pero yo os digo — esta fórmula de «yo os digo» sabido es que anuncia una paradoja — yo os digo, digo, que esa es una manera de hacerse el artículo, es una forma de «réclame». «Es un hombre — me decían una vez de cierto escritor — que no busca como otros el bombo, ni aún que lo conozcan; se cuida poco del juicio ajeno; espera tranquilo

su hora; produce su obra y la deja que madure». Y el tal escritor es uno de aquellos en quienes más se ve el deseo de imponerse desde luego á la atención pública.

Rostand y D'Annunzio pasan hoy por dos de los más grandes «reclamistas» literarios. Y los que los defienden dicen con mucha razón que lo que nos debe importar es si sus obras tienen ó no valor, sea cual fuere su modo de presentarlas al público. Por mi parte no me encuentro en disposición de juzgar esto.

De Rostand no conozco sino fragmentos de su «Cyrano» que he oído recitar en la traducción española, y de D'Annunzio una novela que empecé á leer en una traducción también, solo que francesa, que se publicaba en la «Revue des Deux Mondes» y no la acabé, y alguna que otra poesía en el original italiano. Me dicen personas de crédito en la materia que su lengua, su italiano, y su estilo son una maravilla de arte, pero nada de esto me ha movido á leerle. Y no es sólo que me hastíe su exhibicionismo, no. Es que el género de elogios que sus admiradores le dirigen es lo que me deja indiferente y apático á su respecto.

Apenas recuerdo haber dejado de leer á escritor alguno por las censuras que se le hayan dirigido. Es más, me han movido á leer á más de uno los ataques de que ha sido objeto y el

fingido desdén con que se le ha tratado. Y en cambio son legión los escritores á quienes no leo por culpa de sus admiradores. ¿Qué persona de juicio que conozca aquí, en España, y esto lo extendiendo á Francia, á los nietzschenianos va á moverse á leer á Nietzsche?

Tengo por norma no leer á un autor hasta que no haya pasado de moda. Cuando ya se empieza á olvidarle es cuando me gusta trabar conocimiento con él. Y estoy enteramente seguro de que si me hubiese engolfado en la lectura de Ibsen cuando apenas había quien de él no hablase aquí no habría encontrado en su lectura las sugerencias que en ella encuentro ahora en que ya Ibsen está libre del polvo con que velaba su figura el estrépito de sus voceadores.

Me gusta leer á los que aun no están en moda ó á los que ya dejaron de estarlo. Y he aquí porque la profesión de la crítica, como tal profesión, me repugna. Porque la crítica no suele ser de ordinario, sino el comentario de la moda. Sobre todo la crítica de teatro.

¡Oh, la crítica de teatro! Aquí sí que comprendo el vanidad de vanidades de Salomón y de Constantino. Un crítico de teatro es ante todo un crítico de modas, y no debería permitirse ejercer el sagrado ministerio de la crítica teatral á quien no fuese examinado previamente de sastrería y de artes afines.

Hubo en España en un tiempo un hombre famoso, que aunque de San Sebastián, recojió todo el espíritu madrileño de su época. Este hombre fué Peña y Goñi. Hacía crítica de ópera, de corridas de toros y de partidos de pelota. ¿Qué común denominador tienen estas tres nobles manifestaciones de la actividad humana? me preguntaráis. Pues el de que las tres son espectáculos. Y como tales espectáculos las criticaba Peña y Goñi.

Celebrábase una vez en Bilbao un famoso partido de pelota y como al acabarse sacaran al Chiquito de Eibar en hombros sus admiradores, es decir, aquellos á quienes les dió á ganar unos cuantos duros con las apuestas, un espectador del interior de España, uno que no era del país, exclamó casi escandalizado: «¡Qué barbaridad! ¡ni que fuera Lagartijo!» Se refería al gran torero. Y este espectador si no estaba en lo cierto, es porque no había penetrado en el espectáculo.

Y los que hacen revistas de ópera, de toros ó de pelota son los más capacitados también para escribir revistas de las sesiones parlamentarias del Congreso. Porque estas sesiones son ante todo y sobre todo espectáculos.

¿Y de nuestra vida, qué está haciendo la prensa sino un espectáculo? Es la prensa la que engendra esa insana curiosidad pública á la busca siempre de espectacularidades y de fútiles informaciones, ó es el público el que exige eso de la

prensa? Yo creo que se corrompen mutuamente, como decía Rousseau de los ricos y los sabios.

Esa horrenda manía de publicidad nos gana á todos, amigo Constantino, y hasta á los que no tienen que vivir de ella. Porque el que usted que vive de presentarse al público y cantarle se haga retratar en todos los trajes y papeles está bien, ¿pero y el joven matrimonio ese? ¿y ese grupo de muchachos que celebraron con una comida el que uno de ellos se licenciara en farmacia? ¿y aquel á quien le tocó el premio mayor de la lotería? Y esto último es ya un colmo. Comprendo que se haga retratar el dueño de la administración de loterías en que se vendió el billete que salió luego premiado, pero el afortunado comprador no! Es ya demasiado. Debe bastarle con haber sacado el premio. Pero no le basta. Una vez con el provecho, busca además la gloria. Así es, ¡ay! el corazón humano.

Yo no le recomendaría á ningún autor novel que ponga su retrato al frente de un libro que publique. Se expone á que no lo lean así que vean la cara que tiene. ¿Para qué necesitan saber más de él? Ahora bien; podría ocurrir, y aun acaso ocurra en más de un caso, que lo que el autor busca en realidad no es dar á conocer su obra, sino su retrato, y que aquella no es sino un pretexto para colocarnos éste. Sé de un joven novelista que escribe novelas para señoritas y

publica su retrato al frente de sus libros. Me parece muy bien. Es un excelente medio de buscarse una novia. Lo hace, sin duda, para ver si alguna prendada de su fisonomía le sugiere el que se dirija á ella en solicitud de su mano y su dote.

Hay en casi todos los pueblos cultos y en muchos que no lo son aunque lo parezcan la al parecer piadosa costumbre de que las familias participen con una esquela á sus amigos, conocidos y hasta desconocidos la defunción de cualquiera de los miembros de ella. Esto se extiende hasta á los niños de corta edad. «El niño Pepito Pérez, de ocho meses de edad, subió ayer al cielo; lo que etc.» Esto está muy bien; no es sino una escena de la comedia de la muerte. Y una de las más teatrales. Porque para teatral y cómico no hay nada como una esquela de defunción. Y del cómico más exquisito, que es el cómico fúnebre.

Pero con lo que yo no puedo transigir, contra lo que me creo en el deber de protestar con todas mis fuerzas, es contra esa incipiente costumbre, que espero en Dios no prosperará, de anunciar también mediante una esquela el nacimiento de un nuevo vástago, de uno que no ha hecho todavía sino nacer. ¡No, no y mil veces no! Eso no es sino empañar la augusta y santa solemnidad del único acto serio que llevamos á cabo en nuestra vida, de lo único que hacemos sin afectación ni

hipocresía alguna que es nacer. «Porque tengo que repetirlo una vez más; lo único que hacemos todos en serio es nacer. Y esto se debe acaso á que, como decía un tan profundo como injustamente desdeñado pensador, en realidad no nacemos sino que nos nacen. Mas sea lo que quiera de esta profunda distinción, lo que queda fuera de distinciones es que el nacimiento es lo único que hay de serio en la vida de los hombres todos. No empañemos, pues, su augusta seriedad con esquelitas espectaculosas. «Sancta sancte!»

Vean ustedes á donde me ha venido á traer el comentario más ó menos errático, del párrafo de la carta de Constantino. Pero confío y espero en que se le permitirán tan trascendentales y profundos comentarios á un escritor tan serio como yo. Hay quien asegura que no me ha visto reír nunca. Y yo desde luego aseguro que jamás me he visto reír, porque cuando me río no me miro nunca al espejo. Tengo miedo de conocerme.

Una cuestión. ¿Cómo representarían los cómicos y actores si mientras representan se estuviesen viendo reflejados en un espejo?

¡Y sin embargo, cuántas veces no representa uno para sí mismo



LA SIMA DEL SECRETO

HABÍA en el centro de aquel reino un bosque vasto y espeso. Crecían en él lozanísimos toda clase de árboles de verdura perenne. No amarilleaban por otoño, ni tenían que volver á vestirse de tierno verdor por primavera. El sol no entraba á calentar el césped de su suelo; tan espesa era la fronda. Y serpenteaban dentro de él varios arroyos. No le molestaban fieras. Sencillas sendas, trazadas por los pies de los caminantes, casi siempre á la vera de los arroyos y siguiendo el curso de éstos, llevaban á un descampado que en el centro del bosque había.

Nadie recordaba que en el descampado aquel hubiese llovido nunca, y era tradición antiquísima, general y constante la de que, en efecto, nunca llovió en aquel claro del bosque. Aun en los días de tormenta, que eran muy pocos, parecía como si se hiciera un hueco en los nubarrones para que aquel misterioso descampado no se mojara con agua del cielo. Y en el descampado aquel estaba la sima.

La sima era un agujero rocoso, una boca de piedras, de donde partía un senderillo de bajada muy rápida, pero cómoda. El senderillo se iba metiendo en la cueva, hasta que á eso de unos doscientos pasos torcía en recodo, detrás de una roca saliente, y se perdía en el fondo.

Nadie sabía ni podía saber lo que después del recodo, en el fondo de la sima, hubiese. Ninguno de los que lo habían franqueado había vuelto jamás, ni dado señal alguna por la que se barruntase algo de su suerte. Por allí habían entrado niños, mozos, hombres fornidos; mujeres, ancianos, locos y cuerdos, tristes y alegres, y nadie había dado nunca muestra de lo que hubiese. En cuanto franqueaban el recodo no volvía á saberse de ellos; ni ruido de caída, ni un grito, ni un quejido, ni un suspiro siquiera. Les tragaba un silencio entero y lleno.

Pero este silencio de la sima no era si no cuando ella recibía á sus devotos. En ciertos días, más en otoño que en otra estación del año, y á ciertas horas, á la caída de la tarde, salía del fondo de la sima una música misteriosa envuelta en un vaho de un aroma embriagador y extramundano. Oíase como el canto lejano, lejanísimo, de una numerosa procesión, un canto arrastrado, melancólico y quejumbroso de una muchedumbre. Pero la lejana y musical quejumbre, era de una melancolía dulcísima y aque-

tadora. Oyéndola es como se metían en el fondo de la sima muchos de los tantos y tantos que de continuo vagaban por la boca de la cueva.

Se habían hecho toda clase de pruebas y de ensayos. Había entrado alguno sujeto por una fuerte cuerda para poder tirar de ella á una señal, y siempre que se intentó esto hubo que retirar la cuerda, suelta ya, sin que precediera señal alguna. Una vez se le ciñó á uno la cintura con un cincho forjado y sujeto por una cadena forjada también, y hubo que retirar cincho y cadena sin el hombre á quien sujetaban. ¿Cómo había podido escabullirse de ellos? Otra vez entró otro llevando áuestas el cadáver de un amigo — se quería saber si la sima admitía muertos. — El cadáver apareció por la mañana en el senderillo, delante del recodo, pero del viviente que lo llevara no volvió á saberse, como era de regla, nada. Y no cupo duda ya de que la sima no admitía sino vivos.

Otro ensayo se propuso y se llevó varias veces á cabo, cual fué el de hacer entrar en la sima á los animales. Y estos salían al poco rato, pero salían como despavoridos ó aturdidos y no volvían á cobrar voz en su vida. Salían mudos. Animal que volviese de la sima no ladraba, ó maullaba, ó balaba, ó mugía ó rugía ó cacareaba en el resto de su vida. Y no se observó que entrase ni rana, ni ratón, ni lagartija, ni mosca, ni mosquito.

Se hizo también más de una vez la prueba de acercarse varios cojidos de las manos. Y unas veces al acercarse el primero y trasponer el recodo se desprendía de su compañero, por fuerte que éste le tuviese prendido, perdiéndose silenciosamente en el fondo, ó se perdía en él la cadena toda de hombres.

Habíanse perdido en el fondo misterioso y musical de la sima toda clase de personas. Ya un padre de familia atraído por el misterio aquel. Y luego sus hijos se asomaban al recodo á llamarle: ¡padre! ¡padre! y se perdían tras él. Más lo que tenía alarmado al rey y al reino todo, era la frecuencia con que se dejaban tragar por la sima parejas de jóvenes enamorados y de recién casados. Aquel era uno de los favoritos viajes de novios; un viaje sin vuelta. Y á pesar de la prolificidad del reino aquel, donde era raro el matrimonio que tuviese menos de diez hijos, esta continua pérdida de jóvenes parejas inquietaba á los gobernantes.

Un sagrado respeto había vedado á los reyes todos de aquel reino el prohibir el acceso á la sima. Y hasta hubo un rey que se perdió en ella, después de lo cual ninguno otro volvió á acercársele. Pero el encanto fatídico llegó á ser tal, que al fin se resolvió una vez poner á la boca de la sima centinelas que por la fuerza de armas impidiesen su entrada. Pero acababan siempre

por entrar los centinelas mismos, por rendirse la guardia, y tras ella todos aquellos que habían estado contenidos.

Era no poco extraño lo que pasaba con los suicidas. Parece lo natural que en aquel reino no los hubiese, pues los que sintieran tedio ó aborrecimiento de la vida habrían de meterse en el fondo de la sima en vez de matarse. Y sin embargo, no era así. Los suicidios abundaban en aquel reino de la sima misteriosa, y los más de ellos se cometían á la boca misma de la cueva. Y se observó que eran de aquellos que habiendo intentado perderse en ella se volvían á los pocos pasos, antes de llegar al fatídico recodo. Una vez un pobre hombre que sufría una dolorosísima dolencia crónica y á cuyos dolores no podía resistir, se suicidó dejando escrito que si no se metió, senderillo adentro, en la sima, era por temor de que allí dentro le continuasen los dolores sin poder ya quitarse la vida, por temor de una pena inmortal.

El gobierno aprovechó la sima para sus condenados á muerte. En vez de ejecutarlos se les obligaba á entrar en la cueva, lo cual hacían ellos, claro está, con el mayor gusto. No todos, sin embargo. Los hubo, que presa de un sagra-do temblor, se negaron á entrar, y eso que á la boca, un piquete de arqueros les amenazaba con asaetarlos si no entraban. Y más de una vez

hubo que retirar del fondo de la boca, de junto al recodo, el cadáver de algún condenado que prefirió la muerte al sumimiento aquel.

Una vez llegó de un país distante y vago, de una lejana tierra de la que sólo la existencia se conocía, un anciano ciego y mendigo, acompañado de un jovencito lazarillo. El viejo no hablaba si no su lengua, una lengua completa y absolutamente ininteligible para los del reino éste. Cuando hablaba con su lazarillo, por breves que fuesen sus palabras, no podían adivinar de qué le hablaba. El lazarillo chapurreaba algo la lengua del país. El viejo ciego cantaba algunas veces y su canto tenía una remota semejanza con el canto lejano y misterioso que se oía salir, en los atardeceres de otoño y envuelto en vaho de aromas embriagadores, del fondo de la sima. Era un canto como el canto aquel con que acompañaba su trabajo Lázaro, el hermano de Marta y María, en su segunda vida, después que el Cristo lo resucitó de la tumba. Y todos se paraban á oír al pobre ciego y todos oyéndole se sentían movidos á ir al bosque, penetrar al descampado y perderse en la sima.

Y sucedió que el viejo y ciego mendigo encaminó sus pasos, con el lazarillo, al bosque y de allí al descampado y á la cueva y atravesando una apiñada muchedumbre penetró, guiado por su lazarillo, senderillo adelante y entró en la

sima cantando. Y el mozo que le guiaba no volvió, pero él, el ciego, volvió á salir—el único desde hacía siglos! Todos se apelotonaron á verle. Volvía ciego como entró. Y nadie entendió una palabra de cuanto decía, y ni por el tono, ni por el gesto, ni por el aire se pudo traslucir cosa alguna. Se perdió en la espesura del bosque y no se volvió á saber de él. Pero su vuelta de la sima, vuelta única, selló al pueblo aquel con una impresión imperecedera.

Y en aquel reino toda la vida, absolutamente toda, pendía del secreto de la sima. Todo su arte, su ciencia, su literatura, su gobierno, giraba en torno de ella. Y no es que la gente no se muriese como en otras partes, ¡no! La mayoría de los habitantes moríase como en otros reinos se muere, de las mismas dolencias y del mismo modo.

Había siempre en los alrededores de la boca de la sima una muchedumbre de gentes fascinadas que se pasaban las horas, los días, los meses y los años, algunos la vida entera, contemplando el recodo. Y cuando salía del fondo, aquel canto melancólico y pastoso de coro lejano, aquella muchedumbre se apiñaba á embriagarse con la música extraña y con el aroma, no menos extraño, que la envolvía. Los más de aquellos desgraciados no se atrevían á entrar, y moríanse miserablemente, en los alrededores de la boca

de la cueva, anhelando su fondo. Las próximas espesuras del bosque estaban llenas de chozas y tiendas donde se albergaban aquellos infelices fascinados. Y cuando alguno de ellos se decidía por fin á entrar, mirábanle los demás con terror y con envidia. Y siempre, siempre, siempre, á pesar del continuo desengaño, le decían al despedirle: «manda á decirnos que hay dentro; contéstanos cuando te llamemos». Y jamás contestó nadie de los que entraron.

Había en el reino muchísimas personas, las más de ellas seguramente, que nunca se habían acercado á la sima y ni aun al bosque que la protegía, pero éstos no estaban menos que los otros bajo la fascinación del secreto de la cueva. Algunos, no pocos, hasta se indignaban de que se hablase de tal cosa, pero eran tal vez los que más pensaban en ella. Y no faltaban tampoco, aunque se les pudiese contar con los dedos, los que negaban que tal sima existiese siquiera.

En aquel reino toda filosofía, toda ciencia, todo arte, toda literatura, estaba, como dijimos, penetrada del secreto de la sima y estaba más penetrada de él toda filosofía, toda ciencia, todo arte, toda literatura, que se proponía expresamente ignorar el secreto. Cuando menos se hablaba de él estaba más presente á las imaginaciones de los que así lo callaban.

Había—¿y cómo no?—entre los pensadores

de aquel reino multitud de hipótesis y teorías sobre lo que pudiera contener la sima. Alguien había propuesto penetrar en ella por otro camino, abriéndolo por ingeniería, pero nunca se pudo encontrar obrero que se atreviera á dar el primer picazo. Recordábase que un rey quiso una vez cerrar la boca de la cueva tapiándola, y cuando pusieron mano á la obra, ó entraron en la sima abandonando el trabajo ó murieron muy pronto. Y por la mañana encontrábase siempre deshecha la obra del día anterior. Y así es como hubo que renunciar á ello.

Entre los pueblos comarcanos á éste de la sima, el secreto de ésta era un motivo de burla mezclada de terror. Cuantos extranjeros habían acudido á este reino á explorar el secreto, ó no lo habían explorado siquiera ó no habían vuelto á su patria á contar lo que vieron por haberse dejado ganar del extraño encanto perdiéndose en la sima, ó habían vuelto sin haber podido entrar siquiera en el bosque. Extranjero que entraba en el bosque y llegaba al descampado aquel donde no llovía nunca, se metía infaliblemente en el fondo de la sima. No hubo excepción á ello.

De los extranjeros que no lograban entrar ni aun en el bosque—tal repulsión les causaba—y averiguaban sus noticias todas por lo que oían contar á quienes tampoco entraron en él nunca,

los unos fingían tomarlo á burla, los otros se encogían de hombros, y otros, en fin, daban una explicación simbólica de todo ello.

Pero estas explicaciones, las simbólicas y alegóricas, eran las más desacreditadas entre los que sabían algo del bosque siquiera. No se trataba de un símbolo no, sino de una realidad muy real.

No se trata de un símbolo, no, ni de una alegoría; no se trata de un pensamiento abstracto, de una reflexión sociológica, revestida de una forma concreta y alegórica. No.

* * *

Ayer, ocho de este mes de Setiembre, de este mes tan dulce entre mis montañas vascas, fui bordeando el castillo de Butrón por las orillas del río de este mismo nombre, y ví luego al mar tenderse agradable entre las peñas, con que se cierra la playa de Gorniz. Y volví luego á este Bilbao, á este mi Bilbao, y me acosté en el cuarto mismo de mis mocedades. Y tardé en dormirme, dando vueltas y más vueltas en la cama, y preparando en ella lo que he de decir pasado mañana en el homenaje al malogrado escultor bilbaino Nemesio Mogrovejo, muerto en la flor de su edad.

Entre las obras de Mogrovejo hay un relieve

que representa el suplicio del conde Ugolino, tal como en la Divina Comedia nos lo cuenta escultóricamente el Dante. Y anoche me dormí, después de no pocas vueltas, pensando en la Divina Comedia.

A eso de media noche me despertó una gran tronada con fuerte aguacero. Y, al despertar me encontré con el relato este del secreto de la sima. Y me encontré con él sin precedentes, sin explicación, sin símbolo, con todas sus íntimas contradicciones. Y todo él, entero, con sus detalles todos. Encendí la luz y me puse á escribirlo, á escribirlo al dictado.

Al dictado, ¿de quién? No lo sé. ¿De dónde me ha venido este relato? No lo sé tampoco. Lo único que sé es que no es un símbolo, no es una alegoría, no es lo que es. A mí me lo contó alguien, no sé quién, y yo os lo cuento como alguien á mí me lo ha contado.

